Por su parte, el defensor de Furbicio consiguió que Brígida pudiera hablar con su marido. ¿Qué se dijeron durante las dos horas que estuvieron juntos? Nunca se ha sabido, pero aquella entrevista debió hacer cierta impresion en el ánimo de Furbicio, y decidió sin duda de un incidente que contaremos más adelante. Algunos dias despues de su condena, un carruaje celular conducia á Margarita á la Casa central de Montpellier. En cuanto á Furbicio, se le condujo á la cárcel de Avignon, desde donde salió poco despues para el presidio de Tolon.

XXIII.

No existe presidio para las mujeres. Las desgraciadas condenadas á trabajos forzados por cierto tiempo ó á perpetuidad, cumplen su condena en las *Casas centrales de fuerza y de correccion*. Entre los establecimientos de este género que existen en Francia, el más importante es el de Montpellier, á donde fué conducida Margarita despues de su condena, en Junio de 1862.

Nos parece conveniente hacer aquí el retrato de Margarita, en esta época triste de su vida. Tenía entónces veinticinco años; sus facciones estaban un poco alteradas, tanto por los trabajos de su prision preventiva, que habia durado algunos meses, como por las emociones que habia experimentado desde que conocia á Furbicio. Esto no obstante, el rostro era siempre notablemente hermoso. Una frente despejada, cejas muy arqueadas, ojos rasgados, dientes pequeños y blancos, labios rojos y primorosamente diseñados, la nariz griega de una pureza de líneas irreprochable, todo esto hubiera constituido un admirable conjunto, si la mirada, cada vez más huraña y de una dureza casi salvaje, no hubiera venido á arrojar un poco de sombra sobre este cuadro.

El mismo dia de su llegada, Margarita, al salir del baño que el reglamento impone á cada detenida á su entrada, tuvo que ponerse el traje de la prision, compuesto de un zagalejo blanco, de un vestido de paño burdo, de una pañoleta á cuadros azules y blancos, de medias de algodon blanco, de escarpines y de zuecos. El tocado consiste en una cofia blanca que las presas tienen el talento de disminuir todos los dias, y que no ocupa sobre su cabeza mucho más sitio que una pequeña redecilla.

Cuando estuvo vestida con el traje de la prision, compareció ante el director, quien despues de preguntarla lo que sabía hacer, la destinó al taller de costura fina.

Margarita no comprendió al pronto lo que tenía de horrible para ella el lado material de su posicion. La dureza de su trabajo cotidiano, la frugalidad de sus alimentos, lo tosco de sus vestidos, la severidad de las religiosas celadoras, todas estas cosas la dejaron insensible. Sólo tenía conciencia de su degradacion moral.

Por eso no la costó ninguna dificultad obedecer los reglamentos de la casa, que imponen á las detenidas un silencio constante. En el taller, siempre estaba con la cabeza inclinada sobre su trabajo. Pero le ejecutaba con una lentitud tan afectada, que no era difícil adivinar la sorda rebeldía que la agitaba, y que no hubiera tardado en estallar si la hubieran provocado con excesivos rigores. Las religiosas comprendieron felizmente lo que pasaba en aquel alma feroz, y trataron de apaciguarla demostrándola un poco de indulgencia.

Entónces empezó una vida monótona, de la que el lector podrá darse cuenta cuando conozca el reglamento á que obedecen las casas centrales de mujeres.

La hora de levantarse es á las cinco en el verano y á las seis en el invierno. Dura veinte minutos, comprendido el rezo, y á continuacion, en todo

tiempo, un paseo de veinticinco minutos, despues del cual empieza el trabajo. De nueve á diez desayuno y recreo. De diez á cuatro, trabajo interrumpido únicamente por un corto descanso. De cuatro á cinco, comida y paseo, y despues vuelve á empezar el trabajo hasta las ocho. Antes de acostarse, una ligera colacion. En verano, las detenidas pueden pasearse una media hora ántes de subir á los dormitorios, en los que hay luz toda la noche.

El régimen alimenticio es bueno. El pan es poco más ó ménos como el de los soldados, y se da á discrecion. A excepcion del domingo, en que los platos son de carne, las detenidas reciben todos los dias un medio litro de sopa por la mañana, y un medio litro de legumbres por la tarde, sazonado todo con manteca, ó bien queso, frutas secas ó del tiempo, segun la estacion, y guisados de carne. Estos víveres suplementarios se les venden al precio fijado de antemano por una tarifa oficial. El silencio absoluto es obligatorio en todas partes y siempre.

Todas las contravenciones á los reglamentos son objeto de una informacion y denunciadas al tribunal de justicia disciplinaria. Este tribunal, que se constituye tres veces por semana y más á menudo si es necesario, se compone del director, presidente; del inspector y de la hermana superiora, asesores; la hermana institutriz desempeña las funciones de escribano. Los asuntos se despachan de la manera más breve. El director falla sin apelacion. Segun la gravedad de los casos, las penas son: reprension, privacion de cantina, privacion de pitanza, pan seco, dormir sin colchones, celda y calabozo.

Puede ahora comprenderse lo que fué la vida de Margarita durante los tres años que pasó en Montpellier. Estaba dominada por una espantosa tristeza. Su conducta fué ejemplar, su afabilidad inalterable. ¿Se arrepentia, tenía remordimientos? Problema

insoluble que no han querido resolver los que la veian en aquella época. Solamente se ha hecho constar que recibia los sacramentos y demostraba sentimientos religiosos, en cuya sinceridad se puede creer si se recuerda que en el momento en que su hijo iba á morir habia orado con fervor.

Su tristeza daba á su hermosura un carácter de resignacion que la hacía más simpática, y como tenía siempre los ojos bajos, no se recibia la dolorosa impresion de la dureza de su mirada.

Bajo el modesto traje de la prision, no habia perdido nada de su distincion y de su gracia. Se adivinaba la flexibilidad de su talle, á pesar del tosco vestido á que la condenaba el reglamento. La cofia que la servia de tocado, colocada con coquetería sobre sus hermosos cabellos, hacía resaltar su brillo y suavidad, y varias veces las hermanas celadoras la reconvinieron porque en su modo de vestir no habia la modestia que conviene á una presa. ¿Qué culpa tenía ella?

La disciplina de la prision no la permitia recibir visitas. Sin embargo, un dia fué llamada al locutorio, y encontró allí á Moulinet.

Al aspecto de la que él habia conocido en otro tiempo rodeada de lujo, elegante y orgullosa, no pudo contener sus lágrimas. En cuanto á Margarita, su amor propio y todos sus pudores se despertaron: se avergonzó al verse así sorprendida en su rebajamiento, vestida con su librea infamante, y fijó sobre el que la visitaba aquella mirada que tantas veces habia lastimado su corazon. Pero él, humilde y respetuoso, explicó que no habia podido resistir al deseo de verla, y que con dicho objeto habia recorrido la gran distancia que separa á Gordes de Montpellier, despues de haber revuelto cielo y tierra para conseguir la autorizacion de llegar hasta ella.

El orgullo de Margarita cedió ante tan tiernas declaraciones. Tendió la mano á aquel último y fiel amigo, y le abrió su corazon.

—Me siento morir entre estas sombrias paredes,—exclamó.—Esta vida me mata. Necesito moverme, correr, ver los árboles, vivir en fin. ¡Ah! ¡quién pondrá un término á mi suplicio!

—¿No habeis intentado huir? —preguntó Moulinet en voz baja.

—No he pensado en ello. Además, es imposible.

—¿Si se presentara la ocasion, la aprovecharíais?

Margarita no contestó.

Moulinet se retiró prometiendo hacer lo posible para mejorar la suerte de Margarita. Ella le vió partir con pena y sin esperanza. Aquel hombre pobre y oscuro, ¿qué podia hacer por ella?

El dia siguiente, Moulinet se presentó al director y se ofreció para entrar al servicio de la prision. Pero supo que no habia más que un corto número de hombres empleados, y que todas las plazas estaban ocupadas.

Tuvo que volverse á Gordes, desconsolado por no haberse podido consagrar á Margarita, segun habia esperado, pero decidido á intentarlo todo para mejorar la posicion de la que amaba.

Al empezar el tercer año de su prision. Margarita tuvo por vecina de dormitorio y de taller una jóven recien llegada. Era una antigua institutriz, cuyas aventuras y proceso habian dado mucho que hablar y que acababa de ser condenada á cinco años de trabajos forzados. Las dos presas que, por su educacion, sus anteriores costumbres, su carácter, tenian ciertos puntos de contacto, se hicieron en seguida muy amigas.

Por el dia, bajo la severa vigilancia de las hermanas religiosas, no podian decirse más que breves palabras. Pero durante la noche, aprovechando la inmediacion de sus camas, consiguieron cambiar algunas confidencias. Fué un gran consuelo para Margarita, en medio de su largo infortunio, encontrar una detenida capaz de comprenderla.

Su prision la era, sin embargo, insoportable.

Aquella espléndida criatura, tan jóven, tan ardiente, se marchitaba como la flor privada demasiado pronto de los rayos del sol. Aquella vida enclaustrada, toda soledad, inmovilidad y silencio, la abrumaba y minaba poco á poco su salud.

Su imaginacion trabajaba sin cesar, y, en su sueño, agitado y febril, veia aparecer todas las noches á los dos hombres que habia amado: Pascoul y Furbicio.

—Puesto que el encierro es el que os mata,—la dijo un dia su compañera,—¿por qué no pedis ir á Cayenna?

Y como Margarita la miraba sorprendida, ésta la explicó que, en virtud de nuevas decisiones administrativas, las condenadas, solteras ó viudas, podian alguna vez, á peticion suya, ser enviadas á la colonia.

Esto fué para Margarita una revelacion. Desde entónces ya no tuvo otra idea que la que acababa de comunicarla la institutriz.

Pocos dias despues, fué llamada una mañana al despacho del director, y allí se encontró con M. X..., su elocuente defensor ante el Tribunal de Assises de Vaucluse.

—El señor desea hablaros,—dijo el director.

Y, por un sentimiento de discrecion que explicaba el carácter del abogado, salió en seguida.

—Un amigo que se interesa por vos, —dijo entónces M. X...—ha venido á verme. Me ha contado vuestros sufrimientos y la inutilidad de sus esfuerzos para proporcionaros algun alivio. Me suplicaba que pidiera vuestro indulto. No hay que pensar en ello; no conseguiríamos nada. Vuestra condena es demasiado reciente. Pero si el encierro os pesa, teneis un medio de hacerle cesar: id á Cayenna.

—Ya habia pensado en ello, — contestó Margarita,—y os lo agradeceré si me proporcionais los medios de conseguirlo. Sí; por salir de esta casa, iré donde quieran, haré lo que quieran.

—Os exigirán,—prosiguió el abogado,—el compromiso formal de casaros al llegar á la colonia con un internado que os agrade y que justifique sus medios de existencia.

—Corriente,—exclamó ella;—consentiré en todo y bendeciré á los que me ayuden á salir de aquí.

—Dirigid,—continuó el abogado,—una instancia al ministro de Marina. El director la apoyará, porque está satisfecho de vuestra conducta, y no tardareis en ver cumplidos vuestros deseos.

—¡Oh! gracias,—exclamó Margarita.—Me habreis salvado la vida dos veces. Aquí, no tardaria en morir.

Y como el abogado se habia puesto en pié, ella creyó que la despedia, y se dirigió hácia la puerta. El la detuvo con un gesto.

—¿No me preguntais quién es el amigo que se interesa por vos?

—No necesito preguntarlo,—dijo Margarita;—lo sé.

—Os ama profundamente,—prosiguió M. X..., con gravedad.

—Sí, más de lo que yo merezco,—contestó ella sonriendo con tristeza.

—Me está esperando fuera para tener noticias vuestras; ¿qué quereis que le diga de vuestra parte?

Ella se quedó un momento pensativa; despues cogió de pronto un cortaplumas que estaba sobre la mesa del director, levantó su cofia, cortó un pequeño rizo de sus cabellos, y entregándosele á M. X...:

—Le direis que conserve eso como recuerdo mio; es cuanto poseo ahora. Pero todavía son hermosos,—añadió sonriendo.

El dia siguiente, Margarita redactaba, ayudada por su compañera la institutriz, una instancia dirigida al ministro de Marina, en la que pedia ser conducida á la Guyana francesa.

«Soy muy jóven todavía,—decia ella en aquel documento;—mi salud es de las más fuertes, como lo prueba el certificado del médico. La desgracia ha madurado mi razon. He aprendido á conocer mis deberes para con Dios y la sociedad; sería, pues, muy triste para mí verme obligada á pasar mi vida en una prision y no poder aprovecharme de la bondad del Gobierno que me proporciona el medio de reconquistar una libertad relativa, cuyo valor conozco y de la que, yo lo aseguro, no abusaré.»

Despues de darse curso á esta instancia, se vió cambiar de repente el carácter de Margarita. De sombría y taciturna, llegó á ser jovial; en el mes de Junio de 1865 compareció dos veces ante el Tribunal de la Casa central, y fué condenada á penas disciplinarias por desaplicacion en el taller.

En fin, en los primeros dias de Julio, supo que su instancia habia sido resuelta favorablemente. Estaba designada para formar parte del más próximo convoy de deportadas. Al mes siguiente, salió de la Casa central de Montpellier.

—Sed dichosa,—la dijo su amiga la institutriz abrazándola con ternura;—yo me quedo. No me admiten allá abajo. Tengo el disgusto de ser casada.

El 12 de Agosto de 1865, un buque de la marina imperial, el *Cacique*, salia por la mañana de la rada de Rochefort, con destino á la Guyana francesa. El *Cacique* es una embarcacion mixta, es decir, que puede navegar á vela ó á máquina; efectúa en union de otros tres, que son el *Alecton*, la *Amazona* y la *Céres*, el trasporte de los sentenciados que se envian á las penitenciarías de Cayenna.

Llevaba armas, víveres, piezas de tela destinadas al vestuario de los trasportados, algunos soldados de infantería de marina que iban á incorporarse á sus regimientos, varias religiosas de la órden de San José de Chartres, tres padres jesuitas enviados á la colonia en calidad de capellanes, y, finalmente, cuarenta mujeres hasta entónces detenidas en

diversas casas de reclusion, y que, á peticion suya, iban á la Guyana.

Entre estas mujeres se encontraba Margarita Pascoul.

Al medio dia el *Cacique* estaba mar adentro. Las costas de Francia desaparecian en una especie de bruma luminosa, y los pasajeros, agrupados en la proa ó en la popa, daban á la patria un último adios.

El comandante mandó hacer subir á las trasportadas sobre el puente. Las pobres mujeres obedecieron; se las relegó al centro del buque, cerca de la máquina. Margarita se sentó sobre un rollo de cables y contempló el horizonte. Montpellier, Gordes, Fontblanche, la Bastida-Nueva, estaban ya muy léjos. Todo su pasado desaparecia; ya no la quedaba nada, ni áun su país, ni áun el derecho de volverle á ver.

—¡Qué soledad he hecho en torno mio!—no pudo ménos de murmurar.

—Yo estoy aquí,—dijo de repente una voz á su oido.

Ella se volvió con rapidez.

Un hombre, que reconoció en seguida, se habia deslizado detras de ella.

XXIV.

Era Moulinet.

M. X... experimentaba cierta simpatía por este hombre que, despues de haberle elegido para defender la causa de Margarita, le habia demostrado en distintas ocasiones su gratitud de la manera más afectuosa, y confesado su invencible amor y su largo martirio. Por esta razon habia hecho que le pusieran al corriente de los pasos de Margarita

para ir á Cayenna. Habia sabido la salida de Montpellier, el próximo embarque en Rochefort, y se habia apresurado á avisar á su protegido.

Moulinet reunió todas sus economías, salió de Gordes y entró en Rochefort tres dias ántes de darse á la vela el *Cacique*.

Se trataba de embarcarse en este buque, pero era muy difícil; el *cuadro* estaba completo, y, además, Moulinet no tenía ya la edad para engancharse como marinero.

Durante dos dias, sus pasos no dieron resultado. Por fin, gracias á una carta de recomendacion de M. X..., consiguió que se interesara por él un oficial superior de infantería de marina que, debiendo tomar pasaje en el *Cacique*, consintió en llevar como criado al antiguo mozo de la granja.

¡Iba, pues, á seguir á Margarita en su destierro! Ya nada podia separarle de ella.

Moulinet, en breves palabras, puso á Margarita al corriente de estos detalles.

—¿He hecho mal?—preguntó al concluir.

—No,—contestó ella;—gracias.

Y le alargó furtivamente la mano. El se bajó, puso una rodilla en tierra como si tratara de recoger alguna cosa, besó la mano de Margarita y corrió á la popa del buque donde su servicio le reclamaba.

Los buques del Estado que conducen á Cayenna las detenidas de las casas de reclusion ó de fuerza y los presidarios del presidio de Tolon (es el único presidio que queda en Francia; los de Brest y Rochefort han desaparecido hace algunos años) están arreglados del modo siguiente:

A lo largo del entrepuente, de la proa á la popa y por ambos lados, á babor y á estribor, se extienden dos rejas de hierro, aseguradas en el entarimado y en el techo. Los trasportados tienen por alojamiento el espacio comprendido por cada lado entre las portas y la reja. El espacio libre entre las dos rejas está reservado á centinelas escogidos

entre los marineros, colocados de cinco en cinco pasos y con el sable en la mano. Estos centinelas tienen órden de impedir que los presidarios se apoyen contra las rejas, que empujadas por cien manos vigorosas podrian doblarse muy fácilmente. El centinela está autorizado para herir con su sable á todo el que no obedezca á la primera intimacion.

En plena mar las portas están cerradas con cerrojo exteriormente durante la noche, pero se las deja abiertas durante el dia. En caso de arribada á un puerto, embarcaciones armadas circulan en torno del buque para impedir las evasiones. Todos los individuos de la tripulacion están tambien armados con puñales, con los cuales deben dormir.

Todos los dias, durante una hora, los detenidos pueden salir de sus mazmorras. Así se llaman esas especies de jaulas que hemos descrito. Suben al puente, pasando por en medio de una doble fila de marineros colocados en las escaleras. Despues se colocan delante del palo mayor. Los centinelas les impiden salir de aquel límite.

Todas estas medidas de precaucion no deben admirar á nadie, teniendo en cuenta que á veces se hallan á bordo 400 ó 500 trasportados, que entre ellos los hay dispuestos á jugar una mala pasada á la tripulacion si la ocasion se les presentara; y, finalmente, que en virtud de una medida de las más generosas, todo presidario, desde el momento en que sale de Tolon para ser conducido á las colonias penitenciarias no lleva grillos en los piés.

Los castigos que se imponen durante la travesía son el encierro en la sentina y los gratelazos. Al desgraciado condenado á este último castigo le atan á un banco de velero (donde los veleros se sientan para trabajar), y generalmente es uno de sus compañeros de infortunio, un presidiario como él, el encargado de golpearle con el gratel.

Al lado del castigo está la recompensa: los trasportados que se han conducido bien en Tolon ó que

se distinguen á bordo por su obediencia, pueden circular libremente por la proa del buque, empleados en ciertos servicios, y reciben alguna vez, como la tripulacion, una racion de vino.

Estos detalles se refieren lo mismo á los presidiarios que á las mujeres trasportadas; pero estas últimas, en el viaje de que aquí se trata, eran las únicas que ocupaban las mazmorras del *Cacique*. El reglamento no se aplicaba en todo su rigor. La tripulacion se compadecia de aquellas desgraciadas, y los oficiales cerraban los ojos cuando alguna vez se infringia la disciplina. Poco á poco se iba consintiendo á las presas permanecer sobre el puente durante el dia, cuando el tiempo y las maniobras lo permitian.

Moulinet se acercaba entónces á Margarita y hablaba con ella. Aquel aldeano, de talento inculto, era tan delicado como el hombre mejor educado. No hablaba nunca del pasado, de las faltas y de los crímenes cometidos; parecia haber olvidado los nombres de Federico Borel, de la Valbray, de Pascoul y de Furbicio. Ya no se acordaba de Gordes, de Fontblanche, del Tribunal de Assises y de Montpellier. Hubiérase dicho que Margarita era para él una mujer desconocida que encontraba á bordo por la primera vez y de la que se habia enamorado repentinamente. Trataba de interesarla por el país que iba á habitar; se le describia lo mejor que podia, y la daba una porcion de detalles que habia recogido por todas partes para contárselos.

Sólo algunas veces, cuando la mar estaba en calma y la ocasion era propicia; cuando se esparcia en torno de ellos una especie de melancólica poesía, la hablaba de su sacrificio, de su afecto á toda prueba, de su adoracion por ella.

Ella le escuchaba en silencio, sin interrumpirle, con los ojos fijos en el horizonte. Moulinet no pedia más; era dichoso; no se quejaba de la lentitud del viaje, y no deseaba llegar al puerto.

Sin embargo, tuvo tambien horas desgraciadas. Una mujer como Margarita no podia pasar desapercibida en ninguna parte. Su hermosura, que parecia iba á desaparecer entre las paredes de la prision de Montpellier, renacia al aire libre y bajo los rayos del sol. Su tez se habia animado, sus ojos tenian más brillo, sus labios eran más rojos, y bajo el tosco corpiño que la cubria, se adivinaban formas adorables que habian llegado á su completo desarrollo. Cuando subia al puente, los oficiales que se paseaban en la popa se detenian para mirarla y cuchicheaban entre sí.

Por el pronto, el sentimiento de su dignidad y las órdenes severas del comandante les impidieron acercarse á su bella prisionera; pero la vida es tan monótona á bordo, el aire tan embriagador, los acres perfumes de la mar tienen tal dominio sobre la imaginacion, que poco á poco algunos de ellos prescindieron de la disciplina é hicieron algunas tentativas para ver á Margarita más de cerca.

¿Qué sucedió? Desde las primeras palabras amables que uno de ellos trató de dirigir á Margarita una tarde, al ponerse el sol, ella le detuvo con un gesto y una sonrisa.

—Comprendo, señor oficial, que tengais de mí la peor opinion del mundo; es muy natural; pero soy vuestra prisionera, compadeceos de mi infortunio y no trateis de hacerle más penoso juzgándome con ligereza.

Estas tiernas palabras conmovieron al jóven marino, que se alejó dándose por vencido.

Sus compañeros, ¿fueron más afortunados con Margarita? No es de suponer, porque no se hubieran creido obligados á ser muy discretos respecto de una trasportada, y se hubiera dicho algo sobre el particular entre los oficiales ó entre los alumnos. Sin embargo, un aspirante de segundo año, un muchacho muy guapo, de buen color y arrogante figura, fué sorprendido una tarde por el comandante

en el momento en que trataba de deslizarse en el entrepuente por la parte de las mazmorras. ¿Tenia una cita, ó trataba de probar fortuna? Sin explicarse sobre este particular, se contentó con cumplir los ocho dias de arresto que le impusieron. Pero todo el mundo, á bordo, se imaginó que aquella desgraciada tentativa iba dirigida contra Margarita, porque habian visto al oficial superior de infantería de marina, cuyo criado era Moulinet, hablar con el comandante en el momento en que este último bajaba al entrepuente del buque para sorprender al corredor de aventuras.

El *Cacique* es uno de los buques ménos veleros de la marina francesa; con viento favorable, todas las velas desplegadas, con todas sus *barrederas*, hace de siete á ocho *nudos*, lo cual es bien poca cosa en una época en que varias embarcaciones del Estado han alcanzado una velocidad de doce nudos por hora. Es verdad que el *Cacique* se servía raras veces de su máquina; los buques dedicados á los trasportes, que son casi todos embarcaciones mixtas, no se sirven del vapor, por razones de economía, mas que en tiempo de calma chicha ó de viento enteramente contrario. Los pasajeros, los trasportados sobre todo, cuya vida material deja bastante que desear, sufrieron mucho á causa de esta lentitud.

Por fin, despues de una travesía de cuarenta y dos dias, se tomó tierra en las islas de la Salud, que vienen á ser los puestos avanzados de nuestras posesiones. El dia siguiente, las trasportadas subian el rio del Maroni, que separa la Guyana francesa de la Guyana holandesa. Poco despues llegaban á San Luis y se las conducia, escoltadas, al establecimiento que las estaba destinado hasta la época de su casamiento, y que dirigen las hermanas de San José de Chartres.